

LEGENDARIO COLOMBIANO

(Continuación)

Las barcas de Colón viajaron hasta siete meses ⁽²⁶⁾ sin ver tierras ni gentes ni ser vivo alguno, siempre entre cielo y agua que cuanto más avanzaban más salada se hacía hasta tal punto que los marinos temían que las barcas y hasta ellos mismos se convertirían en sal. ⁽²⁷⁾ Los víveres escaseaban y entre la marinería cundió el malestar, la zozobra y el temor de ir a parar al mundo de abajo sin esperanza de poder volver a sus hogares o bien de quedar salificados y convertidos hombres y naves en inmensos terrones o montañas de sal. La turba de marineros clamaba contra Colón acusándole de haberles engañado miserablemente y lloraban por sus hijos y demás familiares a los que temían no volver a ver. El malestar crecía de día en día y la multitud no se recataba de mal hablar y de maldecir a su capitán que lo hubiera pasado muy mal a no ser por la palabra amorosa y reconciliadora de los monjes de Montserrat y sobretodo de la influencia y del prestigio que ejercía cerca de la marinería el caballero Margarit a cuya voz se aplicaban las quejas y los murmullos.

En lo más crítico de la angustiosa situación que planteaba la falta de víveres, el caballero Margarit rebuscó en la despensa y logró reunir la harina suficiente para tres panes, que dorados como tres soles a su vista la gente se reanimó y depuso sus bríos. ⁽²⁸⁾ Perduraba aún la alegría de la obtención de los panes cuando se vió pasar un pájaro cuya vista entusiasmó a los marineros que corrieron a comunicarlo a su capitán que mohíno y cabizbajo estaba encerrado en su camarote. Al saber la novedad Colón exclamó:

— ¡Un ave!, tierra segura.

Provisto de un lente, subiose a lo alto del palo mayor de su nave y escurriñando al horizonte no tardó en gritar:

— ¡Tierra a la vista!!!

Al caballero Margarit en premio a haber salvado la situación sin lo cual a buen seguro que la empresa hubiera fracasado, le fué concedido poder ostentar en su escudo los tres grandes panes dorados obra de su esfuerzo. ⁽²⁹⁾

Según refiere otra conseja los más descontentos de la marinería tramaron una conspiración y en el preciso momento que iban a cometer su crimen sonó la voz del vigía que gritaba con júbilo: ¡Tierra! Ante lo cual retrocedieron confusos los descontentos. Esta tradición es referida en un romance vulgar. ⁽³⁰⁾

(26) La expedición duró exactamente setenta días, periodo asaz corto para el sentido ponderativo de la leyenda en la conciencia del pueblo ha perdurado la idea de las siete décadas que la fantasía ha convertido en meses. Desde la más remota antigüedad que el número siete encierra carácter de ponderación máxima y entre las civilizaciones antiguas aparece constantemente en este sentido que las culturas modernas han heredado. Son incontables las series de siete en las diversas especies de literatura oral de todos los países. La gesta de Colón, legendariamente hablando, tenía que durar obligadamente siete meses o siete años.

(27) Según una creencia bastante extendida, el contacto muy continuado con la sal y hasta la permanencia en parajes abundantes en esta substancia llega a convertir en sal cuantas cosas quedan al alcance de la acción de ella. Aún hoy la gente baja de a bordo cree que navegar durante meses sin interrupción ni tocar tierra por mares muy salados, acabaría por convertir en sal la nave y sus tripulantes.

(28) J. Amades, *Heráldica i Toponímia*, Barcelona, 1935, pág. 67.

Entre los motivos ornamentales del sepulcro del siglo XIV perteneciente a la familia Margarit que se conserva en la catedral de Gerona, figura ya el escudo con los tres panes. Esta misma leyenda se cuenta del caballero de Montcada y se la da como acaecida durante el sitio de Artá cuando la conquista de Mallorca del poder serraceno por parte del rey Jaime I el Conquistador. Mientras todo el ejército se moría de hambre, el caballero de Montcada recibió siete panes dorados que ofreció al rey expuestos encima de su capa roja. El ejército después de comer los panes cobró ánimo y se lanzó al ataque tomando la ciudad. El rey concedió a este caballero para su escudo el uso de la figura de los siete panes dorados encima del campo rojo de su capa.

(29) F. Domènech, *Nobilari*, ya citado.

(30) *Cristóbal Colón*, romance valenciano ya citado.

...

Nada a bordo se escuchaba
y nadie a bordo durmió,
pues nada desvela tanto
cual de la duda el temor,
o el miedo que vaga en torno
de la cobarde traición.

Colón velaba dudando
si acaso se equivocó,
y sus soldados velaban
por darle muerte a Colón.

Un fatídico silencio
reinaba, solo el rumor
de las ondas que cortaba
el anguloso timón
se oía, a cuyo murmullo
con oscilante esplendor
una luminosa estela
de la escuadrilla iba en pos.

„Ya es la hora“ dice airada
una cavernosa voz.

„Vamos“ se oyó cauteloso
de otras voces el rumor,
y resonaron pisadas
tomando la dirección
del camarote ocupado
por el jefe, que no oyó
ni de voces el murmullo,
ni de pasos el rumor.

„Tierral“ el vigía anhelante
con voz potente gritó,
„¡Tierral“ dijeron los unos.
“¡Tierral“ los otros en pos.
Pálido el grito de ¡tierral
puso a Cristóbal Colón,
y con febril energía
en el puente se lanzó;
su frente augusta brillaba
con deslumbrante esplendor,
pués contemplaban sus ojos
el mundo que en sueños vió.
Ante él hincó la rodilla
toda la tripulación,
pues en Colón más que un hombre
miraban acaso un Dios.

Así mismo afirma la conseja que al enrolarse en sus naves, Colón prometió a las gentes llegar a tierra firme antes de cien días, como así lo creía y llevado por esta creencia solicitó para su empresa los víveres necesarios para este espacio de tiempo y para los cien hombres que constituían el total de la tripulación. Cuando la marinería murmuraba y maldecía el capitán les recordaba su compromiso de navegar hasta llegados cien días siempre con rumbo a poniente, y su falta de razón por sus protestas sin haber transcurrido este tiempo.

Según otra leyenda la marinería furiosa irrumpió en el camarote de Colón dispuesta a aprehenderle y a lanzarlo al mar, para virar rápidamente las naves y deshacer el camino navegando. Colón los detuvo, les mostró una bola en la que había pintadas las tierras que el creía que existían y que buscaban, la

colocó encima de una gran carta geográfica que tenía sobre su mesa y la hizo rodar rápidamente en varias direcciones mientras les decía que por todo aquello adivinaba que se hallaban muy cercanos a la tierra deseada a la que llegarían antes de tres días, puesto que aquellos señales se lo indicaban inequívocamente. La palabra fácil y enérgica del capitán no llegaba a convencer a los amotinados que temían dar con sus cuerpos en los infiernos o morir de hambre. Por fin logró convencerles y establecer un pacto: si después del plazo de tres días no descubrían tierra, sería que los señales cósmicos consultados habían mentido y el capitán se prestaba a dejarse colgar del palo más alto de su nave. Y cerrado el trato exclamó con solemnidad:

O las islas,
o la horca.

Y al día siguiente ya vieron tierra.

Afirma la voz popular que Colón era un buen astrónomo y conocía perfectamente las evoluciones de los astros. Pocos días antes de descubrir la tierra tan deseada, tuvo lugar un eclipse de luna que el gran capitán sabía de antemano que debía producirse y trató de sacar provecho de él para apaciguar la rebelión de la marinería. Se presentó a ella y le dijo que era conocedor de poderes secretos que le permitían dominar los elementos y los astros por efecto de los cuales haría que antes de tres días llegaran a la tierra tan deseada y que como prueba de que no les engañaba en aquel propio momento haría oscurecer la luna. A la vista del fenómeno los marinos se aterrorizaron y creyeron al capitán medio brujo por lo que se inició en ellos una corriente de respeto derivada tanto del temor como de la admiración. La oleada de protesta se apaciguó, y en efecto, al cabo de dos días vieron a lo lejos una lucecilla anunciadora de la proximidad de tierra habitada. ⁽³¹⁾.

La llegada al nuevo mundo

La primera tierra que pisaron fué una isla fértil y frondosa pero completamente desierta en el centro de la cual hallaron una cruz grande de madera. La recogieron como una reliquia sagrada. Desde esta isla se veían a la perfección otras tierras bastante lejanas. Colón reembarcó y se dirigió hacia ellas. Desde a bordo y mucho antes de alcanzar aquella nueva tierra vieron un grupo de gente en la playa que se alejó despavorida así que se dió cuenta de que las naves se acercaban y de que iban tripuladas.

Los navegantes henchidos de entusiasmo por haber alcanzado su propósito y por haber salvado la vida por la que todos temían, desembarcaron al son de una chirimía y de un caramillo. Colón fué el primero de alcanzar la playa y antes de hollar la arena con sus plantas besó la tierra de salvación y le dió el nombre de El Salvador, ya que su descubrimiento le salvó de la muerte a que le habían condenado sus marinos. Llevaba en una mano una espada y en la otra el pendón de su nave y clavó ambos en la arena de la playa como acto de toma de posesión y de dominio. Al propio tiempo que el monje benedictino de Montserrat clavaba también la Cruz.

Una vez en tierra Colón mandó a los suyos que corrieran en busca de las gentes que habían visto desde abordó, las cuales se habían internado en la selva tan espesa que no se distinguía el día de la noche y en la que los marinos recelaron penetrar por temor de algún peligro inesperado. No tardaron en dar con una mujer con la vista exageradamente abierta, que no había podido huir por efecto del miedo que le había cegado las piernas. Los ivasores la colmaron de ágasajos, la dieron pan, vino, y otros manjares apetitosos y le regalaron

(31) Esta tradición está muy extendida pero no encaminada a dominar la rebelión de la marinería sino para infundir respeto a los indígenas de las tierras conquistadas.

pequeños objetos de cristal, unos cascabeles, y aún otras quisicosas sin valor y de mucho efecto que ya habían traído adrede para obsequiar las gentes de las tierras que buscaban. La mujerzuela parecía quedar muy satisfecha de los recién venidos y Colón mandó que la soltaran al objeto de que propagara la noticia entre los suyos para que estos se enteraran de que los advenidos no eran malas gentes. Las intenciones del Almirante hicieron su efecto puesto que bien pronto se presentaron a los expedicionarios un grupo de gentes entre las que figuraba el rey de aquella isla que junto con los suyos se postró a sus pies en actitud de adorarles, puesto que los tomaron por unos dioses venidos del otro mundo y llegados de su cielo para colmarles de dones y de bienes.

Pronto se estableció una gran corriente de cordialidad entre los conquistadores y los indígenas. Estos ofrecían a los europeos cuanto poseían a cambio de fútiles baratijas vistosas y de colorines chillones, entre las que les arrebató de entusiasmo los cascabeles que se colgaban de las orejas y de las narices.

Entre el aderezo de aquellas gentes que iban sin vestidos abundaba el oro de una calidad muy superior al nuestro al que concedían escasa importancia y no recelaban de cambiarlo por cualquier fruslería venida de manos de los conquistadores, pues que como los tenían por divinidades creían sagrado todo cuanto provenía de ellos. Los conquistadores no tardaron en hacerse con cuanto oro había en la isla y atraídos por el afán de poseer más trataron de saber de donde procedía. Con no pocos esfuerzos y por medio de signos llegaron a comprender que sacaban el oro de unas montañas que se alzaban en otra isla no muy lejana cuyas cumbres eran visibles desde allí.

Una de las mayores dificultades con que tropezó Colón para tratar con las gentes de las nuevas tierras, fué la del habla, puesto que las que hablaban unos y otros eran tan diferentes que no había manera humana de entenderse. Ni con signos lograban hacerse comprender puesto que hasta los gestos y la manera de moverse de aquellas gentes era diferente y hasta opuesta a la de los conquistadores. El monje de Montserrat puso todo su empeño y dedicó gran esfuerzo para hacerse entender y para convencerles de lo desviado de su religión idólatra con el fin de conducirles al buen camino de la ley de Cristo. Todos sus afanes fueron vanos pues que no entendieron pizca de cuanto trataba de inculcarles. El monje sacó la conclusión de que no debían ser seres humanos puesto que no alcanzaban entender ni los signos, que comprenden incluso muchos animales. Dedujo en consecuencia que no debían tener alma. De todo ello supuso que eran animales muy semejantes al hombre pero que no eran tales, considerando sacrilego dejar abandonada la Santa Cruz y se la trajo consigo.

Entre los indios el monje de Montserrat encontró una mujer que le pareció conocida por haberla visto alguna vez en Montserrat. Ella así mismo dió a entender que recordaba al monje. Este caso intrigó sobremanera a los expedicionarios puesto que revelaba que los indios contaban con algún sistema que les permitía venir a Europa. Lo mismo el sacerdote que Colón y sus gentes pusieron todo su empeño para aclarar aquel misterio sin poder sacar nada en claro por no haber manera de entenderse. Todos convinieron que también la mujer reconocía al monje de lo que daba muestras con su gran hablar y con las expansiones de alegría que mostraba ante él.

Entre los ex-votos de la Abadía de Montserrat se conservaba una cruz grande de madera muy tosca que según nuestros abuelos era la primera que se alzó en América, la cual trajo al Monasterio uno de sus monjes porque los indígenas no sabían adorarla y no la amaban. Debía recordar la Cruz de que nos habla la leyenda. La propia tradición era atribuída a otras cruces de diferentes santuarios entre ellos el de Nuestra Señora de Aranzazu en el País

(Continuará)

Juan Amades